



Fe, conversión y discernimiento: Una fe que se deja purificar

UN CAMINO DE ENCUENTRO CON DIOS
QUE **TRANSFORMA EL CORAZÓN**



Diácono Bernardo Vanegas



TIEMPO PARA
CULTIVAR LA FE
COLECCIÓN DE FORMACIÓN ESPIRITUAL

Tabla de contenido

1.	Introducción	3
2.	La fe es un camino, no un estado adquirido.....	5
3.	Conversión: dejar que Dios transforme el corazón	8
4.	Discernimiento: aprender a reconocer la voz de Dios	11
5.	La prueba como lugar de purificación	14
6.	Los frutos de una fe madura	18
6.1.	La humildad de quien ya no confía solo en sí mismo	18
6.2.	La libertad de quien aprende a confiar.....	19
6.3.	La esperanza de quien sabe que Dios cumple sus promesas	20
7.	Conclusión	21
7.1.	Una fe que se deja purificar.....	21
7.2.	La fe madura cuando se deja transformar por Dios.	23
	Sobre el autor	25
	Bibliografía sugerida	26

Fe, conversión y discernimiento: Una fe que se deja purificar

La fe madura cuando se deja transformar por Dios. A través de las pruebas, el discernimiento y la conversión cotidiana, el Señor purifica nuestro corazón y fortalece nuestra confianza en Él.

Por: Bernardo Vanegas, Diácono Permanente

Teólogo y Bibliista

1. Introducción

La fe como camino de transformación

¿Qué sucede cuando una persona realmente cree?

La pregunta parece sencilla, pero toca el centro mismo de la experiencia cristiana. Muchas veces pensamos la fe como una convicción, una decisión o incluso como un conjunto de verdades que aceptamos acerca de Dios. Sin embargo, cuando observamos atentamente la Sagrada Escritura descubrimos que la fe es mucho más que eso. La fe es una historia. Es un camino. Es una relación viva entre Dios y el ser humano.

Los grandes creyentes de la Biblia no aparecen como personas que alcanzaron inmediatamente una fe perfecta. Abraham tuvo que aprender a confiar. Moisés tuvo que vencer sus temores. David tuvo que convertirse repetidas veces. Pedro tuvo que reconocer su fragilidad. Pablo tuvo que abandonar muchas de sus seguridades para dejarse conducir por Cristo. Todos ellos recorrieron un proceso. Todos tuvieron que aprender a creer de una manera nueva.

Esta constatación resulta profundamente esperanzadora. Significa que la fe madura no es un requisito para acercarse a Dios. Es, más bien, el fruto de una larga acción de la gracia en la vida de una persona.

Joseph Ratzinger observa en *Introducción al cristianismo* que la fe cristiana no consiste simplemente en aceptar determinadas ideas sobre Dios, sino en responder a una iniciativa divina que precede siempre al ser humano. Dios habla primero. Dios llama primero. Dios sale al encuentro primero. La fe nace precisamente como respuesta a esa llamada.

Pero una respuesta auténtica nunca deja a la persona igual que antes.

Cuando Dios entra en la vida de alguien, comienza un proceso de transformación. Los criterios cambian. Las prioridades se reordenan. Las seguridades humanas son cuestionadas. El corazón aprende lentamente a apoyarse menos en sí mismo y más en la fidelidad de Dios.

Por eso la fe no puede entenderse como un estado adquirido de una vez para siempre. Benedicto XVI recordaba en *Porta Fidei* que la fe es un camino que dura toda la vida. El creyente nunca deja de crecer. Nunca deja de aprender. Nunca deja de convertirse.

En este contexto aparecen tres realidades inseparables entre sí: la conversión, el discernimiento y la prueba.

La conversión expresa la transformación interior mediante la cual Dios renueva el corazón humano. El discernimiento es la capacidad de reconocer la voz de Dios en medio de las múltiples voces que resuenan en la existencia. Y la prueba constituye ese espacio muchas veces doloroso donde la fe es purificada y fortalecida.

Lejos de ser experiencias excepcionales reservadas para algunos creyentes, estas dimensiones forman parte de la vida ordinaria del discípulo de Cristo. Quien cree está llamado a convertirse continuamente. Quien cree necesita aprender a discernir. Quien cree deberá atravesar pruebas que pondrán a prueba la autenticidad de su confianza.

Sin embargo, la finalidad de este camino no es la incertidumbre ni el sufrimiento. El objetivo es una fe más profunda, más libre y más madura. Una fe capaz de permanecer firme incluso cuando no comprende completamente los caminos de Dios.

A lo largo de las páginas que siguen recorreremos este itinerario acompañados por algunos de los grandes testigos de la tradición cristiana: Abraham y Pedro, san Agustín y san Pablo, Hans Urs von Balthasar, Joseph Ratzinger y Jürgen Moltmann. Ellos nos ayudarán a descubrir que la madurez de la fe no consiste en tener todas las respuestas, sino en aprender a confiar cada vez más en Aquel que guía nuestra historia.

Porque, al final, la fe madura cuando deja de apoyarse en las propias seguridades y aprende a descansar plenamente en la fidelidad de Dios.

2. La fe es un camino, no un estado adquirido

Cuando pensamos en los grandes creyentes de la Biblia, corremos el riesgo de imaginarlos como personas extraordinarias que poseían una fe firme desde el comienzo. Sin embargo, la Escritura presenta una realidad muy distinta. Los hombres y mujeres que aparecen en sus páginas no son héroes perfectos. Son personas concretas que aprendieron lentamente a confiar en Dios.

La fe bíblica tiene siempre forma de camino.

Por eso, cuando Dios llama a Abraham, no le entrega primero todas las respuestas ni le muestra cada detalle de lo que ocurrirá en el futuro. Le dirige una invitación sencilla y exigente al mismo tiempo:

«Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre hacia la tierra que te mostraré» (Gn 12,1).

La promesa está presente, pero el destino permanece abierto. Abraham no recibe un mapa completo. Recibe una palabra. Y debe decidir si esa palabra merece confianza.

Aquí encontramos una de las características fundamentales de la fe. Creer no consiste en poseer certezas absolutas sobre el futuro. Consiste en confiar en Dios incluso cuando todavía no vemos con claridad todo el camino.

Joseph Ratzinger explica en *Introducción al cristianismo* que la fe implica un acto de confianza que compromete toda la existencia. No es simplemente aceptar una información acerca de Dios. Es apoyarse en Él como fundamento último de la vida. Por eso la fe posee siempre una dimensión dinámica. Nos pone en movimiento.¹

Abraham representa precisamente esa actitud creyente. Su historia no es la de un hombre que nunca dudó ni tuvo dificultades. Es la historia de alguien que aprendió progresivamente a apoyarse en la promesa de Dios. Cada etapa de su vida lo fue conduciendo hacia una confianza más profunda.

Algo semejante ocurre con los discípulos de Jesús.

A veces los Evangelios son leídos como si los Doce hubieran comprendido inmediatamente quién era Jesús y cuál era el significado de su misión. Pero basta recorrer sus páginas para descubrir lo contrario.

Los discípulos avanzan lentamente.

Escuchan las enseñanzas del Maestro.

Contemplan los milagros.

Comparten la vida cotidiana con Él.

Y aun así muchas veces no comprenden.

¹ Joseph Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Salamanca: Sígueme, 2005, pp. 58-67.

Cuando la tormenta sacude la barca, sienten miedo. Cuando Jesús anuncia su pasión, reaccionan con desconcierto. Cuando llega la hora de la cruz, muchos huyen.

Su fe es real, pero todavía necesita crecer.

Los Evangelios muestran así una verdad profundamente humana: creer no significa haber llegado a la meta. Significa aceptar ponerse en camino.

Entre todos los discípulos, Pedro ocupa un lugar privilegiado para comprender este proceso.

Pedro aparece frecuentemente como el más decidido, el más impulsivo y el más apasionado. Es el primero en responder. El primero en actuar. El primero en expresar su adhesión a Jesús.

En Cesarea de Filipo pronuncia una de las confesiones de fe más importantes del Nuevo Testamento:

«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16).

Sin embargo, pocas líneas después, el mismo Pedro es incapaz de aceptar el anuncio de la pasión. Quiere un Mesías glorioso, pero todavía no comprende el camino de la cruz.

Más adelante, durante la última cena, promete permanecer fiel hasta el final. Está convencido de que jamás abandonará a Jesús.

Y, sin embargo, todos conocemos el desenlace.

Ante el miedo y la presión, niega tres veces a su Maestro.

La experiencia de Pedro resulta profundamente iluminadora porque muestra que la fe auténtica no consiste en una confianza ingenua en las propias fuerzas. La verdadera fe comienza a madurar cuando descubrimos nuestra fragilidad.

Después de la resurrección, Jesús no humilla a Pedro ni le reprocha constantemente su caída. Lo conduce pacientemente hacia una fe más profunda. La experiencia del fracaso se convierte en una oportunidad para la transformación.

Hans Urs von Balthasar observa en *Sólo el amor es digno de fe* que la respuesta creyente nace siempre del encuentro con el amor de Dios. No es el ser humano quien sostiene primero la relación con Dios; es Dios quien sostiene al ser humano. Por eso la fe madura cuando dejamos de apoyarnos únicamente en nuestras capacidades y aprendemos a descansar en la gracia.²

La historia de Abraham, la experiencia de los discípulos y el camino de Pedro nos permiten descubrir una enseñanza fundamental.

Nadie nace con una fe madura.

Todos comenzamos con una confianza pequeña, mezclada con dudas, temores e incertidumbres.

² Hans Urs von Balthasar, *Sólo el amor es digno de fe*, Salamanca: Sígueme, 1988, pp. 69-78.

Todos necesitamos tiempo para aprender a creer.

Todos necesitamos dejarnos formar por Dios.

Esta verdad resulta profundamente liberadora. Nos recuerda que la vida cristiana no consiste en aparentar una perfección que no poseemos. Consiste en permanecer disponibles para la acción de Dios, permitiendo que Él continúe modelando nuestro corazón.

La fe madura no es un punto de partida.

Es un punto de llegada.

O mejor aún: es una realidad que se va construyendo día tras día mediante la escucha, la confianza y la perseverancia.³

Y precisamente porque la fe está llamada a crecer, Dios no se conforma con dejar nuestro corazón tal como está.

La fe auténtica conduce inevitablemente a una transformación interior.

Conduce a la conversión.

³ Benedicto XVI, *Porta Fidei*, n. 6.

3. Conversión: dejar que Dios transforme el corazón

Si la fe es un camino, entonces necesariamente implica movimiento. Nadie puede recorrer un camino permaneciendo inmóvil. Del mismo modo, nadie puede crecer en la fe sin experimentar algún tipo de transformación interior.

Por eso la conversión ocupa un lugar central en toda la tradición bíblica. Desde los profetas hasta la predicación de Jesús, la llamada de Dios aparece siempre acompañada por una invitación a cambiar de vida, a renovar el corazón y a abrirse a una existencia nueva.

Sin embargo, la conversión cristiana suele ser mal entendida.

Algunas personas la identifican únicamente con un acontecimiento puntual. Otras la reducen a un cambio moral o al abandono de determinados comportamientos. Sin negar la importancia de esas dimensiones, la Escritura propone una comprensión mucho más profunda.

La conversión es, ante todo, una obra de Dios en el corazón humano.

El profeta Ezequiel expresa esta promesa con palabras extraordinarias:

«Les daré un corazón nuevo y pondré en ustedes un espíritu nuevo; quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne» (Ez 36,26).

La iniciativa pertenece a Dios. Él es quien transforma. Él es quien recrea. Él es quien hace posible una vida nueva.⁴

Esta promesa alcanza su plenitud en Cristo. Por eso la conversión cristiana no consiste simplemente en corregir algunos comportamientos externos. Implica una transformación profunda de la manera de pensar, de amar y de vivir.

San Pablo lo expresa de forma admirable cuando exhorta a los cristianos de Roma:

«No se amolden a este mundo, sino transfórmense mediante la renovación de su mente, para que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios» (Rm 12,2).

Observemos que Pablo no habla solamente de cambiar acciones concretas. Habla de una renovación de la mente. Es decir, de una nueva manera de comprender la realidad.

La fe comienza a modificar nuestros criterios.

Lo que antes parecía importante pierde parte de su atractivo.

Lo que antes pasaba desapercibido adquiere un valor nuevo.

Las prioridades cambian.

Los afectos se ordenan.

La persona empieza a mirar el mundo con los ojos de Dios.

⁴ Cf. Ez 36,24-28.

Joseph Ratzinger señala que la conversión cristiana implica una reorientación fundamental de la existencia. La fe no añade simplemente algunos elementos religiosos a una vida ya construida; transforma el centro mismo desde el cual la persona comprende su realidad y toma decisiones.⁵

Sin embargo, este proceso no ocurre de manera instantánea.

La historia de san Agustín constituye uno de los testimonios más bellos de esta verdad.

Durante años buscó apasionadamente la felicidad. La buscó en el conocimiento, en el éxito intelectual, en diversas corrientes filosóficas y en múltiples experiencias humanas. Pero ninguna de ellas logró apagar la inquietud profunda que habitaba en su interior.

Al comienzo de las *Confesiones* encontramos una de las frases más conocidas de toda la tradición cristiana:

«Nos hiciste para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti».³

Estas palabras expresan una intuición fundamental. El corazón humano está hecho para Dios. Ninguna realidad creada puede llenar completamente el deseo más profundo de la persona.

Por eso la conversión no es simplemente abandonar algo. Es descubrir a Alguien.

Es permitir que Dios ocupe el lugar que le corresponde en nuestra vida.

Es aprender a orientar toda la existencia hacia Él.

Esta experiencia nos permite comprender una afirmación que puede parecer paradójica:

La fe obra en un corazón herido.

La expresión no significa que la fe necesite el sufrimiento para existir. Significa algo más profundo.

Todos llevamos heridas.

Heridas producidas por nuestras limitaciones.

Por nuestras decepciones.

Por nuestros pecados.

Por las experiencias difíciles de la vida.

La fe no elimina mágicamente esas heridas. Pero permite que Dios actúe precisamente en medio de ellas.

En muchos casos son nuestras propias fragilidades las que nos enseñan a confiar.

Son nuestros límites los que nos ayudan a reconocer nuestra necesidad de Dios.

⁵ Joseph Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Salamanca: Sígueme, 2005, pp. 58-67.

Son nuestras heridas las que nos vuelven más humildes y más disponibles para la gracia.

San Agustín comprendió esto de manera profunda. Al releer su propia historia descubrió que Dios había estado actuando incluso en los momentos de búsqueda, error y sufrimiento. La gracia no apareció solamente al final del camino. Había estado presente durante todo el recorrido, conduciéndolo pacientemente hacia la verdad.⁴

Por eso la conversión nunca puede considerarse terminada.

Mientras vivimos seguimos creciendo.

Seguimos aprendiendo.

Seguimos siendo transformados.

Benedicto XVI recuerda en *Porta Fidei* que la fe es una realidad que debe crecer continuamente. No existe una etapa de la vida en la que podamos afirmar que ya no necesitamos convertirnos más.⁵

La conversión cotidiana es una de las formas concretas mediante las cuales Dios madura nuestra fe.

Cada vez que volvemos a escuchar su voz.

Cada vez que corregimos nuestro rumbo.

Cada vez que permitimos que su gracia ilumine una zona oscura de nuestra vida.

Cada vez que aprendemos a amar un poco más.

La fe continúa transformando nuestro corazón.

Y precisamente porque el corazón necesita ser transformado, también necesita aprender a escuchar.

La conversión conduce inevitablemente a una nueva pregunta:

¿Cómo reconocer la voz de Dios en medio de tantas voces que escuchamos cada día?

Esa es la tarea del discernimiento.

4. Discernimiento: aprender a reconocer la voz de Dios

La conversión transforma el corazón. Pero una vez que el corazón comienza a renovarse, surge una pregunta inevitable:

¿Cómo reconocer la voluntad de Dios en medio de las decisiones concretas de la vida?

Todos experimentamos esta inquietud en algún momento.

¿Qué camino debo seguir?

¿Cómo responder a una situación difícil?

¿Qué espera Dios de mí en este momento?

¿Cómo distinguir su voz entre tantas voces que reclaman nuestra atención?

La tradición cristiana ha dado a esta tarea un nombre preciso: discernimiento.

Discernir significa aprender a reconocer la acción de Dios en la propia vida para responder a ella con libertad y fidelidad.

No se trata de una capacidad reservada para especialistas o directores espirituales. Todo creyente está llamado a crecer en el discernimiento. De hecho, una fe madura necesita aprender a discernir.

Vivimos en una época marcada por una enorme cantidad de información. Escuchamos continuamente opiniones, mensajes, propuestas y expectativas. Las redes sociales, los medios de comunicación, los ambientes laborales y familiares generan un flujo permanente de voces que compiten por orientar nuestras decisiones.

En medio de esta realidad, la pregunta fundamental sigue siendo la misma:

¿Cuál de todas esas voces viene realmente de Dios?

La Escritura ofrece una respuesta luminosa en la vocación de Samuel.

El joven Samuel servía en el templo bajo la guía del sacerdote Elí. Una noche escuchó que alguien pronunciaba su nombre.

Pensó que era Elí.

Corrió hacia él.

Pero Elí no lo había llamado.

La escena se repitió varias veces hasta que finalmente comprendió que era el Señor quien estaba hablando al joven.

Entonces le enseñó a responder:

«Habla, Señor, que tu siervo escucha» (1 Sam 3,10).

La historia de Samuel nos enseña algo importante.

Incluso las personas llamadas por Dios necesitan aprender a reconocer su voz.

Samuel escucha, pero inicialmente no comprende.

Necesita tiempo.

Necesita acompañamiento.

Necesita crecer en sensibilidad espiritual.

Lo mismo ocurre con nosotros.

Dios sigue hablando.

La dificultad no suele estar en la ausencia de su voz, sino en nuestra capacidad para reconocerla.

Por eso el discernimiento comienza siempre por la escucha.

Benedicto XVI insiste en *Verbum Domini* en que la fe nace de la escucha de la Palabra de Dios y se fortalece cuando esa escucha se convierte en una actitud permanente de la vida cristiana.⁶ Quien no aprende a escuchar difícilmente podrá discernir.

Sin embargo, discernir no significa buscar señales extraordinarias o mensajes misteriosos.

Con frecuencia imaginamos el discernimiento como una especie de mecanismo para descubrir el futuro. Pero esa no es la perspectiva bíblica.

Discernir no es adivinar.

Discernir es reconocer qué camino nos acerca más al amor de Dios y al servicio de los demás.

San Pablo utiliza una expresión muy significativa cuando invita a los cristianos a examinar su vida:

«Examínenlo todo y quédense con lo bueno» (1 Tes 5,21).

La exhortación es sencilla, pero profundamente actual.

El creyente no está llamado a aceptar todo sin reflexión.

Tampoco a desconfiar sistemáticamente de todo.

Está llamado a examinar.

A ponderar.

A confrontar las decisiones con el Evangelio.

A buscar la acción del Espíritu Santo.

⁶ Benedicto XVI, *Verbum Domini*, nn. 24-30.

A preguntarse qué conduce verdaderamente a la vida, a la verdad y al amor.

Joseph Ratzinger recuerda que la conciencia cristiana no es una instancia autónoma que crea por sí misma el bien y el mal. La conciencia está llamada a abrirse a la verdad de Dios y a dejarse iluminar por ella.⁷ Por eso el discernimiento no consiste en hacer simplemente lo que nos parece correcto, sino en buscar sinceramente la voluntad del Señor.

Este proceso exige humildad.

Exige oración.

Exige paciencia.

Y exige también aceptar que muchas veces la claridad llega poco a poco.

La voluntad de Dios rara vez se manifiesta como una evidencia absoluta e inmediata.

Más frecuentemente aparece como una luz suficiente para dar el siguiente paso.

Como ocurrió con Abraham.

Como ocurrió con Samuel.

Como ocurrió con Pedro.

La fe aprende a caminar incluso cuando no ve todo el horizonte.

Por eso discernir es, en el fondo, un acto de confianza.

Confiamos en que Dios continúa guiando nuestra historia.

Confiamos en que el Espíritu Santo sigue actuando en la Iglesia y en el corazón de los creyentes.

Confiamos en que, aun en medio de nuestras limitaciones, el Señor puede conducirnos hacia su voluntad.

Pero precisamente porque la fe busca seguir a Dios, inevitablemente llegará el momento en que esa confianza sea puesta a prueba.

Y es entonces cuando comienza una de las experiencias más decisivas del camino espiritual.

La purificación de la fe.

⁷ Joseph Ratzinger, *Verdad, valores y poder. Piedras de toque de la sociedad pluralista*, Madrid: Rialp, 1995, pp. 43-56.

5. La prueba como lugar de purificación

Existe una pregunta que tarde o temprano aparece en la vida de todo creyente.

Si Dios me ama, ¿por qué permite las pruebas?

La pregunta adopta formas muy diversas.

Puede surgir ante una enfermedad.

Ante la pérdida de un ser querido.

Ante una crisis familiar.

Ante una decepción profunda.

Ante el silencio de Dios.

Ante el fracaso de proyectos que parecían buenos y legítimos.

Ninguna vida cristiana está exenta de estos momentos.

Y precisamente por eso resulta importante comprender que la prueba no constituye una excepción dentro de la experiencia de la fe. Forma parte de ella.

La Escritura muestra repetidamente que los grandes creyentes atravesaron situaciones que pusieron a prueba su confianza en Dios.

Entre todos los ejemplos bíblicos, quizá ninguno resulta tan impactante como el de Abraham.

Después de años de espera, Dios cumple la promesa y le concede un hijo. Isaac representa el futuro, la descendencia y la realización de todo aquello que el Señor había prometido.

Sin embargo, en uno de los relatos más desconcertantes del Antiguo Testamento, Dios pide a Abraham que le ofrezca precisamente aquello que más ama (Gn 22,1-19).

Más allá de las dificultades que plantea este pasaje, el relato permite descubrir una verdad fundamental.

La prueba no busca destruir la fe de Abraham.

Busca purificarla.

Abraham debe aprender que incluso las promesas de Dios no pueden ocupar el lugar de Dios.

Debe aprender a confiar no solamente en los dones recibidos, sino en el Dador.

La fe madura precisamente cuando Dios deja de ser un medio para alcanzar otras cosas y se convierte en el centro mismo de la existencia.

Algo semejante enseña la Primera Carta de Pedro:

«La autenticidad de vuestra fe, más preciosa que el oro perecedero que se acrisola por el fuego, será hallada digna de alabanza, gloria y honor» (1 Pe 1,7).

La imagen es extraordinariamente elocuente.

El oro es sometido al fuego no para ser destruido, sino para ser purificado.

Las impurezas salen a la superficie.

Lo auténtico permanece.

Pedro aplica esta imagen a la vida espiritual.

Las pruebas revelan muchas veces aquello que permanece oculto en nuestro interior.

Nuestros miedos.

Nuestras falsas seguridades.

Nuestros apegos.

Nuestra tendencia a querer controlarlo todo.

Pero al mismo tiempo permiten que aparezca una confianza más profunda en Dios.

Por eso Santiago puede escribir:

«La prueba de vuestra fe produce perseverancia» (Sant 1,3).

La perseverancia constituye uno de los frutos más importantes de la madurez cristiana.

No se trata de una simple resistencia psicológica.

Es la capacidad espiritual de permanecer fieles incluso cuando el camino se vuelve difícil.

La perseverancia nace cuando aprendemos que Dios continúa siendo digno de confianza incluso en aquellos momentos en que no comprendemos plenamente sus caminos.

Esta enseñanza resulta particularmente significativa en una cultura acostumbrada a buscar soluciones inmediatas.

Queremos respuestas rápidas.

Resultados visibles.

Seguridades permanentes.

Sin embargo, la fe crece muchas veces en procesos largos y silenciosos.

Crece en la paciencia.

Crece en la espera.

Crece en la fidelidad cotidiana.

Y crece especialmente cuando las circunstancias nos obligan a apoyarnos más en Dios que en nuestras propias fuerzas.

Pedro ofrece nuevamente un ejemplo privilegiado.

Su negación durante la pasión de Jesús constituye una de las experiencias más dolorosas de toda su vida.

El discípulo que había prometido permanecer fiel descubre repentinamente su propia fragilidad.

Todo aquello que creía saber acerca de sí mismo queda cuestionado.

Sin embargo, la caída no tiene la última palabra.

Después de la resurrección, Jesús no abandona a Pedro.

Lo busca.

Lo llama nuevamente.

Lo invita a renovar su amor.

Y precisamente a través de esa experiencia dolorosa surge una fe más humilde y más profunda.

La prueba ha destruido la autosuficiencia.

Pero ha fortalecido la confianza.

Quizá aquí encontramos una de las enseñanzas más importantes para la vida espiritual.

La fe madura no es la fe de quien nunca ha caído.

Es la fe de quien, después de caer, vuelve a levantarse apoyado en la gracia de Dios.

Por eso podemos afirmar que la fe obra en un corazón herido.

No porque el sufrimiento sea bueno en sí mismo.

No porque Dios disfrute viendo sufrir a sus hijos.

Sino porque incluso las heridas pueden convertirse en lugares donde la gracia actúa con una profundidad inesperada.

Muchas veces descubrimos la fidelidad de Dios precisamente allí donde nuestras propias fuerzas resultan insuficientes.

Es en ese contexto donde adquiere especial importancia la reflexión de Jürgen Moltmann.

Escribiendo después de las tragedias del siglo XX, Moltmann se pregunta cómo seguir creyendo en Dios en medio del sufrimiento y la oscuridad. Su respuesta no consiste en minimizar el dolor ni en ofrecer explicaciones fáciles.

Por el contrario, dirige la mirada hacia Cristo crucificado y resucitado.

En *Teología de la esperanza*, Moltmann sostiene que la esperanza cristiana nace precisamente allí donde toda esperanza humana parece agotarse.⁸ La cruz revela que Dios no permanece distante del sufrimiento humano. Lo asume y lo transforma desde dentro.

Por eso la esperanza cristiana no es optimismo.

No es una actitud psicológica positiva.

No es la convicción de que todo saldrá bien según nuestros planes.

La esperanza cristiana nace de la certeza de que Dios permanece fiel incluso en medio de la noche.

De ahí surge una intuición profundamente valiosa:

La fe que nunca ha sido probada suele ser una fe infantil.

La fe que ha atravesado la noche puede convertirse en esperanza firme.

No porque el creyente haya encontrado todas las respuestas.

Sino porque ha descubierto algo más importante.

Ha descubierto que Dios permanece.

Que Dios sostiene.

Que Dios acompaña.

Que Dios cumple sus promesas.

Por eso las pruebas, aun siendo dolorosas, pueden convertirse en lugares de crecimiento espiritual.

No porque las busquemos.

No porque las deseemos.

Sino porque Dios es capaz de actuar incluso en medio de ellas.

Y cuando la fe atraviesa ese proceso de purificación, comienzan a aparecer frutos nuevos.

La humildad.

La libertad interior.

La perseverancia.

Y, sobre todo, la esperanza.

⁸ Jürgen Moltmann, *Teología de la esperanza*, Salamanca: Sígueme, 1969, pp. 21-42.

6. Los frutos de una fe madura

Después de recorrer el camino de la fe, la conversión, el discernimiento y la prueba, surge una pregunta natural:

¿Cómo reconocer una fe madura?

La respuesta no se encuentra principalmente en los conocimientos religiosos, ni en la capacidad de citar textos bíblicos o explicar doctrinas complejas. Tampoco se mide por la ausencia de dificultades o de dudas.

La madurez de la fe se reconoce por sus frutos.

Jesús mismo enseñó este principio cuando afirmó:

«Por sus frutos los conocerán» (Mt 7,16).

La fe auténtica transforma progresivamente la manera de vivir. Produce una forma nueva de relacionarse con Dios, con los demás y con uno mismo.

Entre los muchos frutos que podrían mencionarse, tres aparecen de manera especial a lo largo de nuestro recorrido: la humildad, la libertad interior y la esperanza.

6.1. La humildad de quien ya no confía solo en sí mismo

Uno de los efectos más profundos de la prueba es el descubrimiento de la propia fragilidad.

Mientras la vida transcurre sin grandes dificultades, podemos llegar a pensar que somos más fuertes de lo que realmente somos. Confiamos excesivamente en nuestras capacidades, en nuestros proyectos o en nuestras seguridades.

Sin embargo, las pruebas suelen desmontar esas ilusiones.

Abraham tuvo que aprender que la promesa dependía de Dios y no de sus propios cálculos.

Pedro tuvo que descubrir que su entusiasmo no bastaba para garantizar la fidelidad.

San Agustín comprendió que ni la inteligencia ni el éxito podían llenar el vacío más profundo del corazón humano.

Todos ellos recorrieron un camino semejante.

Aprendieron a apoyarse menos en sí mismos y más en la gracia de Dios.

Por eso san Pablo puede afirmar:

«Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor 12,10).

Estas palabras expresan una de las paradojas más bellas de la vida cristiana.

La verdadera fortaleza no nace de la autosuficiencia.

Nace de reconocer la propia necesidad de Dios.

Joseph Ratzinger señala que la fe implica una salida de la autosuficiencia para apoyarse en una realidad más grande que nosotros mismos.⁹ La humildad cristiana no consiste en despreciarse, sino en vivir en la verdad.

La persona humilde conoce sus talentos.

Pero también conoce sus límites.

Y precisamente por eso puede abrirse con mayor libertad a la acción de Dios.

6.2. La libertad de quien aprende a confiar

La humildad conduce a otro fruto precioso: la libertad interior.

Vivimos en una época marcada por múltiples formas de dependencia.

Dependencia de la aprobación de los demás.

Dependencia del éxito.

Dependencia de la seguridad económica.

Dependencia del control.

Muchas veces el miedo gobierna nuestras decisiones más de lo que estamos dispuestos a reconocer.

La fe madura comienza a liberar lentamente de esas esclavitudes.

No porque elimine todas las preocupaciones, sino porque enseña a confiar.

San Pablo escribe:

«Para ser libres nos liberó Cristo» (Gal 5,1).

La libertad cristiana no consiste en hacer cualquier cosa.

Consiste en vivir sin quedar sometidos a aquello que nos impide amar y confiar.

Abraham experimentó esta libertad cuando abandonó su tierra.

Los discípulos la experimentaron cuando dejaron sus redes para seguir a Jesús.

Agustín la experimentó cuando descubrió que la verdad no era una idea abstracta, sino una relación viva con Dios.

La fe madura no elimina las responsabilidades ni las incertidumbres de la existencia.

Pero permite vivirlas de otro modo.

La persona creyente sigue trabajando, planificando y tomando decisiones. Sin embargo, ya no necesita sostener el mundo sobre sus propios hombros.

⁹ Joseph Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Salamanca: Sígueme, 2005, pp. 58-67.

Puede descansar en la providencia de Dios.

Puede aceptar que no controla todas las respuestas.

Puede vivir con una serenidad que nace de la confianza.

6.3. La esperanza de quien sabe que Dios cumple sus promesas

Todos los frutos anteriores desembocan finalmente en la esperanza.

No se trata de una esperanza ingenua.

No es optimismo.

No es la simple expectativa de que todo resultará favorable.

La esperanza cristiana nace de la fidelidad de Dios.

La Carta a los Hebreos lo expresa de forma admirable:

«Mantengamos firme la confesión de la esperanza, porque fiel es el que hizo la promesa» (Hb 10,23).

La esperanza no se apoya en nuestras capacidades.

Se apoya en Dios.

Abraham continuó esperando cuando la promesa parecía imposible.

Pedro continuó esperando después de haber negado a Jesús.

Los primeros cristianos continuaron esperando incluso en medio de las persecuciones.

Todos ellos descubrieron que la fidelidad de Dios es más sólida que cualquier circunstancia.

Jürgen Moltmann dedicó gran parte de su reflexión teológica a mostrar que la esperanza ocupa un lugar central en la vida cristiana. En *Teología de la esperanza* insiste en que el creyente vive orientado hacia el futuro prometido por Dios.¹⁰ La resurrección de Cristo se convierte así en la garantía de que el sufrimiento, el pecado y la muerte no tienen la última palabra.

Por eso la esperanza cristiana puede permanecer viva incluso en medio de la oscuridad.

No ignora el dolor.

No niega las dificultades.

Pero sabe que Dios continúa actuando.

Sabe que la historia permanece abierta.

Sabe que las promesas del Señor son dignas de confianza.

¹⁰ Jürgen Moltmann, *Teología de la esperanza*, Salamanca: Sígueme, 1969, pp. 15-30.

Y precisamente por eso puede seguir caminando.

Al final, quizá la mejor descripción de una fe madura sea esta:

Una fe humilde porque reconoce su fragilidad.

Una fe libre porque aprende a confiar.

Y una fe esperanzada porque descansa en la fidelidad de Dios.

7. Conclusión

7.1. Una fe que se deja purificar

Al llegar al final de este recorrido, podemos volver a la pregunta que dio origen a estas páginas:

¿Qué significa tener una fe madura?

Quizá al comenzar la respuesta parecía sencilla. Podíamos pensar en una fe firme, segura, capaz de responder todas las preguntas o de mantenerse inquebrantable ante cualquier dificultad.

Sin embargo, el camino recorrido nos ha mostrado una realidad mucho más profunda y, al mismo tiempo, mucho más humana.

La fe madura no es la fe de quien lo comprende todo.

No es la fe de quien nunca experimenta dudas.

No es la fe de quien jamás atraviesa momentos de oscuridad.

La fe madura es la fe de quien aprende a confiar.

A lo largo de estas páginas hemos acompañado a Abraham, que salió de su tierra sin conocer plenamente el destino. Hemos contemplado a Samuel aprendiendo a reconocer la voz de Dios. Hemos seguido a Pedro en su entusiasmo, en su caída y en su restauración. Hemos escuchado la inquietud de san Agustín buscando incansablemente la verdad. Hemos reflexionado con Ratzinger sobre la fe como confianza, con von Balthasar sobre la primacía del amor de Dios y con Moltmann sobre la esperanza que nace al pie de la cruz.

Todos ellos nos han ayudado a descubrir una misma verdad.

La fe es un camino.

Y como todo camino auténtico, implica crecimiento.

Implica aprendizaje.

Implica conversión.

Implica discernimiento.

Implica pruebas.

Pero precisamente porque la fe es un camino, Dios no espera que lleguemos inmediatamente a la meta. Él mismo nos acompaña. Él mismo nos sostiene. Él mismo va modelando lentamente nuestro corazón.

Esta es una de las noticias más esperanzadoras del Evangelio.

No caminamos solos.

No dependemos únicamente de nuestras fuerzas.

No estamos abandonados a nuestras propias capacidades.

La iniciativa siempre pertenece a Dios.

Él es quien llama.

Él es quien busca.

Él es quien transforma.

Él es quien conduce.

La historia de la salvación entera puede leerse desde esta perspectiva. Dios no abandona a quienes ha llamado. Su fidelidad permanece incluso cuando la nuestra vacila.

Por eso la conversión cristiana no consiste en alcanzar una perfección imposible. Consiste en permitir que Dios continúe actuando en nuestra vida.

Cada vez que escuchamos nuevamente su Palabra.

Cada vez que corregimos nuestro rumbo.

Cada vez que reconocemos nuestras fragilidades.

Cada vez que volvemos a levantarnos después de una caída.

Cada vez que renovamos nuestra confianza.

La fe sigue creciendo.

La fe sigue madurando.

La fe sigue siendo purificada.

Quizá por eso una de las experiencias más profundas de la vida cristiana consiste en descubrir que Dios puede actuar incluso en medio de aquello que no comprendemos.

Muchas veces quisiéramos una fe que eliminara todas las dificultades.

Sin embargo, la Escritura nos muestra otra realidad.

Abraham tuvo que esperar.

Pedro tuvo que llorar sus negaciones.

Los apóstoles tuvieron que atravesar la incertidumbre de la cruz.

Los santos conocieron momentos de lucha y oscuridad.

La prueba no desaparece de la vida creyente.

Pero tampoco tiene la última palabra.

La fe que atraviesa la prueba puede descubrir una confianza más profunda.

Puede descubrir una libertad más auténtica.

Puede descubrir una esperanza más firme.

Jürgen Moltmann insiste en que la esperanza cristiana nace precisamente allí donde el creyente aprende a apoyarse no en las circunstancias, sino en las promesas de Dios.¹¹ No esperamos porque todo sea fácil. Esperamos porque Dios es fiel.

Y esa fidelidad se convierte en el fundamento último de la vida cristiana.

Por eso resulta tan significativa la afirmación de san Pablo:

«Sé de quién me he fiado» (2 Tim 1,12).

Estas palabras resumen admirablemente el itinerario de la fe madura.

Pablo no dice que comprende todos los caminos de Dios.

No dice que conoce cada detalle del futuro.

No dice que ha dejado de experimentar dificultades.

Dice algo más importante.

Dice que conoce a Aquel en quien ha puesto su confianza.

Al final, la madurez de la fe no consiste en poseer todas las respuestas.

Consiste en conocer cada vez más profundamente a Dios.

Consiste en aprender a descansar en su fidelidad.

Consiste en descubrir que su amor es más firme que nuestras fragilidades.

Y consiste en caminar sostenidos por la esperanza que nace de sus promesas.

Si tuviéramos que resumir todo este recorrido en una sola frase, quizá podría ser esta:

7.2. La fe madura cuando se deja transformar por Dios.

Una fe que escucha.

Una fe que se convierte.

Una fe que discierne.

¹¹ Jürgen Moltmann, *Teología de la esperanza*, Salamanca: Sígueme, 1969, pp. 21-42.

Una fe que persevera.

Una fe que atraviesa la noche.

Y una fe que, sostenida por la gracia, aprende a vivir en la esperanza.

Sobre el autor



Bernardo Vanegas es diácono permanente de la Arquidiócesis de Bogotá.

Es Especialista en Sagrada Escritura por la Universidad Eclesiástica San Dámaso (Madrid, España), Máster en Estudios Bíblicos por la Universidad Internacional de La Rioja (España) y realizó estudios de Teología en la Fundación Universitaria Cervantes San Agustín (Unicervantes).

Ha dedicado gran parte de su servicio pastoral a la formación bíblica y teológica de agentes de pastoral, catequistas, lectores, ministros y comunidades parroquiales. Actualmente participa en diversos procesos de formación arquidiocesana y en iniciativas orientadas a acercar la Sagrada Escritura al Pueblo de Dios desde una perspectiva académicamente rigurosa y pastoralmente accesible.

Como conferencista y formador, busca ayudar a los creyentes a descubrir la riqueza de la Palabra de Dios y su relevancia para la vida cristiana actual.

Entre sus áreas de interés se encuentran la teología bíblica, la literatura profética, la escatología, la teología de la esperanza y la formación de laicos para la misión evangelizadora de la Iglesia.

Bibliografía sugerida

Sagrada Escritura

- Biblia de Jerusalén. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Sagrada Biblia. Conferencia Episcopal Española. Madrid: BAC.

Magisterio de la Iglesia

- Benedicto XVI. *Porta Fidei*. Ciudad del Vaticano, 2011.
- Benedicto XVI. *Verbum Domini*. Ciudad del Vaticano, 2010.
- Benedicto XVI. *Spe Salvi*. Ciudad del Vaticano, 2007.
- Francisco y Benedicto XVI. *Lumen Fidei*. Ciudad del Vaticano, 2013.
- Catecismo de la Iglesia Católica. Ciudad del Vaticano, 1992.

Teología y espiritualidad

- Agustín de Hipona. *Confesiones*. Madrid: BAC.
- Von Balthasar, Hans Urs. *Sólo el amor es digno de fe*. Salamanca: Sígueme.
- Moltmann, Jürgen. *Teología de la esperanza*. Salamanca: Sígueme.
- Ratzinger, Joseph. *Introducción al cristianismo*. Salamanca: Sígueme.
- Ratzinger, Joseph. *Jesús de Nazaret. Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. Madrid: Encuentro.
- Guardini, Romano. *La aceptación de sí mismo*. Madrid: Cristiandad.
- Pieper, Josef. *Las virtudes fundamentales*. Madrid: Rialp.

Para profundizar en el discernimiento cristiano

- Francisco. *Gaudete et Exsultate*, nn. 166-175.
- Ratzinger, Joseph. *Verdad, valores y poder*. Madrid: Rialp.
- Secondin, Bruno. *Los caminos del discernimiento*. Madrid: San Pablo.